

Complémentum (Manifiesto)

Taller. 1.8 Personajes

La tradición novelística —se dice— lo tenía bastante claro. Los personajes son lo que son, y se hacen o son hechos, bien sea por el autor que nos los presenta o por la acción en la que se integran —sí es que no por ambos procedimientos—, de diversas maneras.

Por su apariencia externa —su atuendo, su fisonomía, el color de su piel, su cabellera, sus ropajes, sus rasgos faciales y físicos más definitorios y sobresalientes, su envergadura: prosopografía—.

Por sus sentimientos —virtudes y defectos morales, principios o ausencia de ellos, pensamientos, deseos, ansiedades, sus rasgos psicológicos, su sentido del humor y del honor, su generosidad o su tibieza: su forma de ser interior (monólogo interior y *stream of consciousness*, etopeya)—.

Y también por su lenguaje y la forma en que hablan, o por la que se les hace hablar —recordando a la doña Rosa de «leñe», «nos ha merengao» o «no perdamos la perspectiva, yo ya estoy harta de decirlo, es lo único importante» del inicio de *La colmena* de C. J. Cela—, por lo que dicen, susurran o gritan —o simplemente callan y ocultan—.

O por lo que los demás dicen de uno o en contra de uno —el otro como configurador de nuestra forma de ser y de sentir, ser lo que somos en el otro; el otro como espejo en el que nos miramos y que refleja nuestro más verdadero yo—.

Y hasta finalmente por sus acciones y la forma de interactuar con el medio en el que se sitúan o se les sitúa —doña Rosa, tropezando a los clientes con su tremendo trasero, arrastrando sus arrobos por entre las mesas del Café, mientras bebe ojén, buenas copas de ojén—, por el movimiento en escena —del daguerrotipo y la foto fija al cine, del monólogo solitario al diálogo compartido, entretejido, entretenido, al teatro—, por el devenir, que presupone e implica que hubo un antes y que puede que haya un después.

Los personajes no tienen por qué ser unívocos, planos —etopeya, al fin y al cabo— y pueden alcanzar volumen para convertirse en personajes poliédricos y ser muy especialmente y sobre todo lo que los demás dicen de ellos, fama pública conformando la realidad —lo que es es lo que los demás, narrador o autor incluido, intuyen, creen, saben, opinan, sienten que es: «Hay quien dice que a doña Rosa le brillan los ojillos cuando viene la primavera y las muchachas empiezan a andar de manga corta. Yo creo que todo eso son habladurías: doña Rosa no hubiera soltado jamás un buen amadeo de plata por nada de este mundo. Ni con primavera ni sin ella»—.

Y si el relato se problematiza, puede que ignoremos todo eso, y el canon establecido se rompa en mil pedazos, y por no tener ni siquiera tengamos el más leve asidero, que es el que nos proporcionaría el nombre, que identifica, presenta y representa.

Para empezar por el principio: ¿Quién es el narrador de nuestra historia? ¿Cómo se llama? ¿A qué se dedica realmente o cuál es su actividad profesional? ¿Cuál es su apariencia física o su edad? ¿Cuáles sus sentimientos o emociones? ¿Cuáles sus pensamientos, su forma de pensar? ¿Cuáles su estar en el mundo, su forma de ser en sí? ¿Y qué decir de Meme —¿o es MM?—? ¿Y nuestro Huberto Heco, eco de otros Umbertos? Por no analizar a nuestra protagonista: Lieserl es el nombre con el que se la menciona, pero Marija como se la llama —que era el nombre que se daba a su abuela materna—, si es que no se la denomina Miza en la intimidad —que era el nombre con el que se llamaba a su madre—, Anna como se la conoce y confunde, Sara como quiere en algún momento que la llamen para identificarse con lo que otras tienen que ser —ya que no puede llamarse Israel—. ¿Qué, pues?